«In Utero» (1993)

Para el disco que siguió a su consagración no se quería dar tregua: contrataron como productor al personaje más radical, Steve Albini. Kurt Cobain renegaba del éxito y quiso ponérselo difícil a la audiencia. Luchaba además contra sus demonios a través de las letras, lo que adquiere un sentido trágico sabiendo que fue su carta de despedida. Contiene gritos tan desesperados como «Rape Me».

«MTV Unplugged in New York» (1994)

Si la voz de Kurt Cobain sonaba desgarradora, despojada de su habitual armadura sonora se convierte en escalofriante. Probablemente sea el «desenchufado» que transmita una emoción más intensa. Suponía la cara opuesta de «In Utero», pero llevaba ese mismo demonio interior que, cuando se publicó el disco, ya nos hablaba desde el más allá.

Fotografía del músico incluida en el libro «Kurt Cobain. La historia de Nirvana», que publica Libros Cúpula

EFE

acabar con el mundo», novela de corte generacional publicada este mismo año y que acaba, como muchas otras cosas en aquel momento, con el líder de Nirvana metiéndose una escopeta en la boca.

Aquel fatídico 5 de abril, Kurt Cobain se fumó unos cuantos cigarros, escribió en dos tandas una nota de suicidio y, tras inyectarse una dosis de heroína, se pegó un tiro. Se mató, sí, pero, en realidad, ya había empezado a morir un poco cada día desde que una sobredosis le dejó tirado en una habitación de hotel de Nueva York en enero de 1992. No había pasado ni medio año desde que «Nevermind» (1991) le convirtiese en portavoz involuntario de una generación tocada y hundida, y así es precisamente como estaba el propio músico. Tocado, hundido por una celebridad que no sabía manejar. «Ya hace demasiado tiempo que no me emociono ni escuchando ni creando música, ni tampoco leyendo ni escribiendo (...). En estas tres últimas giras he llegado a valorar mucho más a toda la gente que he conocido personalmente o como fans de nuestra música, pero a pesar de ello no puedo superar la frustración, el sentimiento de culpa y la empatía que siento por todo el mundo», escribiría Cobain el día de autos.

Carta de despedida

Una carta de despedida cuyos primeros esbozos se encuentran en «In Utero», el tercer y último disco de estudio de Nirvana y un mazazo de angustia, tensión, enfermedad y muerte. Casi todo lo que Cobain expuso en su nota de suicidio es fácilmente rastreable en un disco que, generosamente reeditado el año pasado con motivo de su 20 aniversario, destila rabia y frustración. «La angustia adolescente ha pagado bien, ahora estoy aburrido y viejo», escupe en «Serve The Servants», arranque de un disco que el batería de la banda, Dave Grohl, ha reconocido que no puede escuchar sin pensar en la muerte de su compañero.

Así que se cumplen veinte años del suicidio de Cobain y a los amantes de las fechas les gustará saber que en breve también se cumplirán dos décadas desde que apareció el «Unplugged In New York», souvenir *postmortem* que convirtió a Nirvana en una banda para todos los públicos y que, intuyendo quizá lo que estaba por venir, Cobain concibió como una suerte de funeral, lirios negros y velas incluidos. Llevaba mucho tiempo planeando su adiós, pero parece que todavía no lo ha conseguido.

Y el mito del rock se hizo carne literaria

INÉS MARTÍN RODRIGO
MADRID

«Quizás el chico nunca haya existido», escribe William Burroughs (1914-1997) al comienzo de «Los chicos salvajes» (1971), novela que narra la revolución iniciada por un grupo de jóvenes para acabar con el modelo social de finales del siglo XX. Pero resultó que ese muchacho existía y se llamaba Kurt Cobain (1967-1994). Un Cobain que, nervioso como un escolar ante su primer día de colegio, viajó el 21 de octubre de 1993 junto a su mánager, Alex McLeod, hasta Lawrence (Kansas) para conocer a Burroughs, su héroe y gran influencia. Según McLeod, conocerle fue para Cobain «un gran regalo», algo que «jamás pensó que podría suceder». Este encuentro, del que se tuvo constancia gracias a cuatro fotografías (una ilustra este artículo) que aparecieron junto a las pertenencias del músico tras su fallecimiento, sirvió a Servando Rocha como punto de partida de «Nada es verdad, todo está permitido» (Alpha Decay), libro que retrata con acertado pulso el espíritu de la cultura de los 90. Una cultura que bailaba al ritmo de Nirvana y seguía, aunque de lejos, los efluvios filosóficos de la generación Beat, llamada a ser sucedida por los jóvenes X, herederos del malditismo de Kurt Cobain.

El encuentro
Kurt Cobain visitó a William Burroughs en su casa de Kansas en octubre de 1993. Cumplía así su gran sueño

Un malditismo que terminó en tragedia hace hoy veinte años y al que, de alguna forma, ha intentado dar respuesta la periodista Carrie Borzillo en «Kurt Cobain. La historia de Nirvana» (Libros Cúpula), publicado hace apenas un mes en nuestro país. Con testimonios y fotos inéditas (Borzillo realizó más de 50 entrevistas a personas cercanas al músico de Seattle), el libro busca separar realidad y ficción, dos mitades que en ocasiones han ido demasiado de la mano en lo que a la historia del músico se refiere. Para ello, la autora registra el día a día de las carreras y las vidas de los integrantes de Nirvana y añade testimonios en primera persona, anécdotas de los momentos más importantes de la banda y recuerdos sobre su corta e intensa discografía.

Los libros de Rocha y Borzillo son solo los dos últimos ejemplos de una extensa colección literaria en torno a la figura del líder de Nirvana. Desde la publicación en 2003 de sus inquietantes «Diarios inéditos» (Reservoir Books) a la biografía «Heavier Than Heavier» (Mondadori, 2005), en la que Charles R. Cross, que tuvo acceso a la correspondencia personal de Cobain, recogió más de 400 testimonios para construir un retrato íntimo y estremecedor. Sin olvidar el cómic «Kurt Cobain. El ángel errático» (Malsinet, 2005), la colección de artículos «El enigma Kurt Cobain» (Ma Non Troppo, 2007), la novela de Care Santos «La muerte de Kurt Cobain» (Alba), «Cobain íntimo» (Caelus Books, 2008) o «Kurt Cobain» (Orion, 2001).

Pero no solo de literatura vive el mito de Kurt Cobain. Gus Van Sant retrató los últimos días del líder de Nirvana en la película «Last Days» (2005), con Michael Pitt como digno protagonista, y A. J. Schnack dirigió el peculiar documental «Kurt Cobain: About a Son» (2006), que se estrenó en Toronto y ganó el festival In-Edit.